



Notas

Una lectura de *Este cadáver es mío*, novela policíaca inédita de Manuel Mejía Vallejo

*Felipe Montoya**
Universidad de Antioquia

*Perdonad mi pequeña muerte. En este cadáver
yace mi alma, yazgo yo, lo que tuvo sueños,
lo que buscó expresión en las más hondas oquedades.
Esta posición yacente es mi derrota.
Una vida tuve para practicar mi muerte, pero
siempre morimos un poco antes o un poco después
de nuestra fecha.
Manuel Mejía Vallejo. *Este cadáver es mío*¹*

Fue en carnavales

Narra la historia el pintor, que un buen día decide largarse de la ciudad y va a parar a este pueblo costero del que le habían hablado. “—En ese pueblo el hombre todavía es hombre— dijo alguien y habló de casas lacustres, de remos y canoas, de gritos y tambores, de playas donde todo jadeaba, y en la atmósfera flotaba un acre olor de sexo y yodo y sal.” El ambiente, aún antes de haber llegado, parece proveer al artista de un entorno lleno de vida que respira exuberancia. La noche de su llegada el carnaval está prendido.

Había alta marea la noche de mi llegada. Hace un año. Todavía las aletas nasales se dilatan con aquel olor de madera aserrada, de bananos en racimos, de petróleo crudo y pescado recién salido de las atarrayas. Aún los tímpanos acompañan el son de la cumbia en gaitas y tambores,

* Estudiante del Instituto de Filosofía, Universidad de Antioquia.

1 La novela fue escrita probablemente en los años cincuenta o a comienzos de los años sesenta. El tiposcrito original se encuentra en el archivo Manuel Mejía Vallejo de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

aún los ojos están llenos de lo que vieron, como si hubieran descubierto un mundo que rezumaba poderío.

Uno va entrando al pueblo a través de olores y músicas, y piensa: qué ambiente más estridente para una novela policíaca, mis sentidos van a tener que aguzarse al máximo. Pero la estridencia no disuena con el mar que estalla contra las rocas, con el viento, con la selva, y es que la música es buena: la gaita, la cumbia, el tambor latiente; la fiesta de los hombres parece moverse aún en el ritmo de los hechos esenciales. “Era el principio de las cosas —dice el pintor un año después—. Cerca del muelle encontré mi habitación. En ella he vivido en busca de mí mismo —es la frase, no hay remedio— y de lo que me rodea.”

A medida que pasan las páginas uno va esperando que aparezca el cadáver, el título ya lo ha sugerido y en estas condiciones de fiesta, la aparición de un cadáver no deja de ser atrayente, tal vez por lo que pinta ese cuadro de fiesta y muerte. Negro en vivos colores. En general dentro del género, la muerte ocupa un lugar central; su expectativa, su ejecución, su confirmación, de ellas pende siempre la tensión narrativa, que es lo que más importa aquí al fin de cuentas, pues quien lee novelas policíacas con la única pretensión de descubrir al asesino podría llevarse una buena desilusión alguna vez. Por eso uno podría pensar no sólo en novelas o relatos de género negro, sino también en cuentos cortos, situaciones, e incluso imágenes y palabras que lo contengan o lo produzcan. (La imagen misma de los títulos antes de cada capítulo, con un poema acompañándolos, es ya clásica. Epígrafes que puso el mismo autor, porque el texto aún no pasa por manos editoriales. Al leer la copia se puede oír el tecleo de la máquina de escribir.)

Esta tensión entonces, que es lo que da forma al género, producto de la oscilación del péndulo mortal en el pozo a oscuras (recordando el cuento de Allan Poe) que aquí al principio busca las formas del cadáver, y luego, las del asesino; y la búsqueda de sí mismo que el pintor ha mantenido por un año mientras ha estado en esta habitación, pueden resultar una asociación sugestiva.

—¿De quién es el edificio?— pregunté a un pescador que enrollaba un cordel, indiferente al ruido carnavalesco que llegaba de todas partes.

—Allá está— dijo señalando a un rubio quemado que aireaba el calor sobre una silla de mimbre.

Don Narciso se llamaba el dueño. Es un hombre robusto, de ojos zarcos por culpa de un marino escandinavo que medio siglo atrás conoció a una porteña.

Aparecen dos personajes: el pescador se llama Juan. Un año después el pintor será su amigo y conocerá a su hijo y a su señora esperando el segundo. Y el dueño, don Narciso, todo el tiempo en su silla aireando el calor. (Otra imagen para considerar.) Generalmente cuando van apareciendo personajes dentro de la novela policíaca uno tiende a hacer buena memoria de ellos.

Al expresarle el pintor su necesidad de apartamento, el dueño responde que hay uno pero está ocupado.

—¿Ocupado?

—Una joven.

Lo mismo habría podido decir —“Un fantasma”. En su voz noté cierta amarga ternura.

—Lo tomó hace ocho días.

Sopesó en la palma de una mano su llavero, se fijó en las llaves como si nunca hubiera conocido nada semejante.

—... Estuvo una noche, no regresó.

Su voz volvió a mellarse, algo extraño en un alquilador de apartamentos.

“Amarga ternura”, voz “mellada”. ¿Hablamos acaso de un muerto? El dueño concede en dejarle la habitación hasta que ella vuelva, por carnavales no había una sola habitación desocupada en todo el puerto. Suben y una vez allí el dueño tuvo que enseñar al pintor a abrir la ventana, una imagen que como buen investigador el pintor retiene por un año entero. En el cuarto, el pintor encuentra las pertenencias de la joven aún frescas, como si se hubiera ido súbitamente, como si se hubiera borrado. Narra el pintor:

Parte de aquella noche la pasé en la habitación. Un aroma suave fue lo primero, un agradable desorden lo segundo. Estaban allí las huellas de una mujer joven. Tal vez un día abriría la puerta y sorprendida me explicaría que ese era su cuarto. —“Lo compartiremos”, transigiría yo; ella concedería, tal vez.

Este es nuestro pintor, monologante por excelencia, ficcionador. A partir de las cosas de la muchacha, comienza a imaginarla, a darle forma, a extrañarla; aún no hay cadáver pero hay esta ausencia tan parecida a la muerte. El pintor comienza a convivir con lo que él llama la silenciosa presencia de la joven. Entre las cosas de ella, encuentra una foto de un hombre: —“amor de por medio”—, piensa e incluso siente celos, lo que muestra que él casi la ama, vínculo tan clásico entre la mujer fatal y el detective. Este tipo de relaciones plantean en todo momento el juego sobre los límites y lugares comunes en el género policíaco. Encuentra en el tocador de la muchacha otra fotografía rota en pedazos que no logra identificar. (Imagen muy enigmática, por lo indefinida, como será en el desarrollo de la novela la imagen del asesino.)

El pintor sale a la calle llevando consigo un antifaz de la desconocida y sintiéndose acompañado (desconocida-antifaz-enigma-máscara-carnaval, son asociaciones). El rumor de la fiesta trae noticias de que hay dos muertos en las bodegas, el inspector de policía mató a uno de ellos, luego se sabe que el otro era un oficial que murió en el enfrentamiento. Nada muy importante, la fiesta continúa. El pintor se pierde por las sórdidas calles del carnaval y recuerda: “Alguien ajeno a mí andaba con mis propios pasos, se alegraba con mi discreta alegría.”

Tan sólo una noche, sin cadáver, sin asesino y ya hay una fuerte presencia de lo misterioso y lo desconocido: ellos dos en esencia.

Monólogo y fuga

“Este año no hay carnavales. Autoridades civiles y eclesiásticas se conjuraron para frenar las costumbres primitivas que, según ellos, relajaban la moral o interferían el ritmo del progreso para alcanzar un mundo ordenado, disciplinado, feliz, donde unos pocos manden y el resto obedezca.” Un año después, el pintor, que pasa sus noches tendido en la canoa de su amigo el pescador, mirando las estrellas, escucha desde allí, mientras divaga con la mente, la voz de un hombre que se mezcla al ensueño de su noche, una noche en que realidad y ficción combinan sus voces:

¡Ya sale el barco, tienes que ir conmigo!

Hago mío el silencio de la mujer —tal vez la obsesión por la desconocida me induce a creer que es mujer la interlocutora—. El otro parece tirar su alma como una piedra:

—¡Por ti robé en el banco!

Suena a cuento detectivesco; y aunque trato de captar la voz femenina, solamente oigo pasos ligeros que se alejan.

Este pintor, artista, director de teatros mentales comienza a soñar con lo que está escuchando, identifica en el silencio del interlocutor a la joven de su habitación; entre tanto los pasos de la pareja se alejan hacia los malecones, el pintor se habla a sí mismo como si fuera ellos dos: se imagina siendo un empleado que ha robado en el banco para huir con su amante; se imagina la traición de ella, sus intenciones de no acompañarlo en la fuga; se imagina siendo la furia del hombre que se hunde a través de un cuchillo en la garganta de la mujer; se imagina siendo el capitán del barco de fuga... De nuevo pasos lo interrumpen: es el hombre que regresa solo, se sube a una canoa y mientras rema hacia el barco exclama: “todo ha terminado”.

Lo realmente escuchado por el pintor: la voz del hombre en dos ocasiones, los pasos de la pareja y el ruido de los remos en el agua, se mezcla con las voces del diálogo en su mente que, imaginario, pero tan plano sobre la hoja de papel como lo otro, nos confunde hasta el punto de no poder esclarecer los hechos; no podemos saber con certeza si los remos se oyen a la par que el taconeo de la mujer alejándose, lo cual indicaría que cuando la pareja se separó ambos estaban con vida. Incluso puede dudarse que el pintor haya permanecido todo el tiempo que dura la escena, en la canoa.

Por la mañana el pintor despierta de su sueño y se sorprende al ver un cuchillo en sus manos que cree ensangrentadas, tira el cuchillo, salta de la canoa y comienza a deambular. En su camino encuentra una pañoleta y un zapato de mujer, y continúa monologando con la desconocida a quien pertenecen los objetos.

El inspector, el batracio, el cadáver, el infinito

El pintor llega a la escena del crimen, zapato en mano. Ahí está por fin el cadáver, misteriosa aparición salida de la noche, “en su garganta una herida a manera de collar en rojo coagulado”; reconoce en él a la desconocida, ese es su cadáver —no hay duda—, un año después de la llegada del pintor al

cuarto de ella donde su ausencia era tan notoria. Se acerca para calzarle el zapato que le hace falta. Ahí está el batracio, un repugnante ayudante del inspector, fiel como perro, que sospecha del gesto del pintor, y que desde un principio desagrada con él. El inspector es un hombre pausado y racional que tiene sus métodos. El pintor reconoce en él a un antiguo profesor suyo de la universidad. Ambos dialogan.

El pintor es interrogado en su apartamento y cuenta lo que atestiguó parcialmente en el muelle. El inspector está casi seguro de su culpabilidad y al oír la versión manda al batracio algo en secreto, y éste, obediente, abandona la habitación para regresar más tarde. La conversación del artista y el policía durante la ausencia del sapo versa sobre la justicia, el universo, el arte y el perspectivismo humano. El pintor trata de escudriñar la mente del inspector con su argumentación mientras le hace un retrato con el mismo propósito. Su método es utilizar los colores adecuados que le permitan descubrir el estado de ánimo del inspector y así lo que esconde su cabeza. Es una situación donde el inspector sospecha del pintor y éste a su vez observa algo oscuro en la cabeza del otro. Pruebas, cálculo y evidencia en contra de uno, intuición en contra del otro: son los métodos que usan los dos investigadores, uno por condición otro por situación; de todas formas sus posiciones dentro de la trama confunden jugando con lo clásico: inspector-acompañante, narrador-detective al margen, acusado-acusador-inocente-culpable.

El pintor comienza a sospechar que el inspector tuviera alguna relación con la muchacha, pues casualmente durante la conversación éste se acerca a la ventana y la abre fácilmente, como si ya conociera la habitación. Al regresar el batracio, el inspector propone inspeccionar la canoa y allí encuentran un cuchillo que según el pintor pertenece a Juan el pescador. El investigador lo recoge como evidencia. Estando allí en el muelle, el pintor en un acto delirante trata de escapar, como si por alguno de sus intercambios mentales hubiera pensado como el asesino; haciendo esto inevitable que además del inspector y el batracio, también el lector sospeche de él, como si su acto hubiese sido en alguna forma una confesión.

El pintor es detenido entonces y los tres suben por última vez a la habitación por sus cosas. Allí el pintor se las arregla para voltear la situación y amenaza a los policías con un arma. “Los dedos del inspector se aprietan contra las palmas, aprieta un gatillo inexistente el índice del batracio. Hay tensión en el ambiente. Cualquier cosa vibra, es excitante la escena. Lo

excitante me apasiona, el temblor del peligro que domamos, la insinuación que cimbra al rozar los nervios.”

El pintor recuerda las fotos entre las cosas de la Joven, y se da cuenta de que la foto del hombre por quien él sintiera celos corresponde a la publicada en los diarios de un traficante que el inspector mató en las bodegas hace un año. Descubre, por el fondo de una biblioteca que visitara en la época universitaria, años atrás —en la casa de su antiguo profesor— que la foto rasgada por la muchacha es una foto del inspector. Sabemos que es poco probable que el pintor haya cometido el crimen, pues él mismo se declara inocente y es él quien indaga tratando de hallar la verdad, por lo que las sospechas se fortalecen hacia el inspector, que ya conocía la habitación y que además tenía una relación que se insinúa conflictiva con la muchacha, por lo rasgado de la foto. ¿Se ha definido por fin el asesino? ¿Se han unido las trizas de la foto para formar su rostro?

Otra posibilidad en que uno no deja de pensar es que quizá el batracio sea el autor material del crimen intelectual del inspector. Sobre todo por su inmensa fidelidad al jefe, por su tensa relación con el pintor, que de alguna manera es nuestro héroe, y por su misteriosa salida del apartamento que nunca se resuelve.

Ahora, con argumentaciones que sacarían de quicio a cualquiera, propias de un hablador que nada tiene que perder, el pintor interroga al inspector acerca de las fotos, y éste termina por confesar: “El cadáver es hijo mío”. De esta manera, el inspector queda fuera de dudas: él no es el asesino, este ex-profesor universitario, hombre culto y pausado, jamás mataría a su hija.

Así queda esbozada la relación: la joven era amante de un delincuente que el inspector mató en las bodegas hace un año, por la época en que ella huyó de su casa, tal vez por la incompreensión del padre, para refugiarse en el apartamento del muelle, que sólo ocupa por una noche, antes de desaparecer misteriosamente por un año, tras el cual es encontrado su cadáver. ¿Mató el inspector al hombre de las bodegas por ser un traficante? ¿O sabía él de su relación con su hija y por eso lo hizo? De cualquier manera, la ausencia de la joven que ya era tan fuerte desde esa primera noche de carnavales y que ha acompañado al pintor desde entonces, toma cuerpo ahora en una calle del malecón, misteriosamente, un año después de que su padre matara en las bodegas a un hombre, que al parecer tenía relaciones con ella: “siempre morimos un poco antes o un poco después de nuestra fecha”.

¿Y quién es el asesino? Toda la memoria que uno ha hecho como buen investigador estalla en un mar de conjeturas. El lector trata de averiguar intuitivamente los motivos secretos del inspector, como lo hizo el pintor, de saber si el batracio cometió el crimen en un acceso de brutalidad fiel, y si el jefe trata de encubrirlo por sentirse un poco culpable. Trata de reconstruir los hechos para aclarar la figura del pintor, pero su condición de narrador y a la vez el lenguaje que usa para contar la historia, por su carácter ambiguo en lo que tiene que ver con los límites entre realidad y ficción, impiden la tarea. Todas las imágenes que se han guardado de los personajes comienzan a hilarse ante la pregunta. Y no sólo las de estos personajes, y no sólo éstas, sino todas las imágenes del género negro a las que se ha ido haciendo alusión magistralmente durante la novela, aparecen ante nosotros, para nublar la verdad. Tal vez por recuerdo de un cliché del *film noir*, don Narciso, el dueño, se nos aparece riendo a carcajadas desde su silla, aireando siempre el calor, frente al muelle, en un acto macabro que revela su participación en el crimen; a otros, el batracio seguirá inquietándolos con sus intrigas; y para alguno más torpe y más desconfiado aún, Juan el pescador repetirá muchas veces el corte de garganta en el vientre de los peces muertos; probablemente el asesino se haya marchado a Shanghai esa misma noche en el barco.

Se podría seguir conjeturando y pintando relaciones con el artista, o se podría hacer una minuciosa reconstrucción de los hechos con el inspector. Por cualquiera de las dos vías, la verdad sigue estando velada por una niebla densa, ya sea en la forma del lenguaje o de una intrincada red de pasiones humanas, que resulta imposible disipar.